

El encuentro

Estaba todo oscuro, no escuchaba ni oía nada, no sentía suelo, paredes o techo, solo estaba yo. De pronto todo empezó a iluminarse, hasta que lo vi. Le grité ¿Quién eres?, no recibí respuesta, solo escuché el eco de mi voz viajando sin fin. Me acerqué y lo escuché llorar, toqué su hombro y me abrazó. Le dije “No te asustes, estoy y siempre estaré aquí, no estas solo”. Bastó con esa frase para que la tristeza se esfumara, el espacio empezara a tomar colores vibrantes y el niño comenzara a reír y bailar. Lo vi. Justo cuando entendí todo, la alarma sonó, me despertó del trance. Con lágrimas de felicidad y alivio me levanté hacia mi computador para mi próxima clase. Me senté y dije “Gracias pandemia”. El famoso virus parecía haber orquestado un profundo silencio a mi alrededor para poder encontrarme conmigo mismo, curar mis heridas y luchar por fin contra mis demonios internos.

Diego Carrasco

IVD